

LOS MATERIALES DE LA CONSTRUCCION

Adolf Loos*

¿Qué tiene más valor, un kilo de piedras o un kilo de oro? La pregunta parece ridícula. Pero sólo para el comerciante. El artista responderá: Para mí todos los materiales tienen el mismo valor. La Venus de Milo sería igual de valiosa si estuviera hecha con piedra de pavimentar (en Paros se pavimentan las calles con mármol del país) o de oro. La Madonna Sixtina no valdría ni un céntimo más aunque Rafael hubiera mezclado algunas libras de oro con los colores. Un comerciante que tuviera que pensar, si se diera el caso, en fundir la Venus de oro o en raspar la Madonna Sixtina, sin duda calcularía de manera diferente. El artista sólo tiene una ambición: Dominar de tal modo el material que independice su obra del valor del material en bruto. Sin embargo, nuestros artistas de la construcción desconocen esta ambición. Para ellos, un metro cuadrado de superficie de un muro de granito es más valioso que uno de argamasa.

El granito en sí carece de valor. Se puede hallar en el campo, cualquiera puede cogerlo. O se encuentra formando montañas enteras, cordilleras, y sólo hay que arrancarlo. Con él se pavimentan calles y ciudades. Es la roca más común, el material más corriente que se conoce y, no obstante, hay gente que lo conceptúa como nuestro material más valioso.

Esta gente dice "material" y se refiere a "trabajo". Fuerza de trabajo humano, habilidad y arte. Porque el granito requiere mucho trabajo, para arrancarlo de las montañas, transportarlo a su destino, darle la forma correcta, y para prestarle, mediante el pulimento, el aspecto más adecuado.

Ante un muro de granito pulimentado experimentamos un respetuoso estremecimiento. ¿Ante el material? No, ante el trabajo humano.

Así pues, ¿El granito sería más valioso que la argamasa? No queremos decir esto; ya que una pared con una decoración en estuco, hecha por la mano de Miguel Angel, dejará en la sombra al mejor muro de granito pulido. Para valorar un objeto no sólo cuenta la cantidad, sino asimismo la calidad de la obra realizada.

Vivimos en una época en la que la cantidad de trabajo tiene prioridad; ya que se puede medir más fácilmente. Es perceptible a cualquiera y no precisa una mirada habituada ni otro tipo de conocimiento. No se dan errores. Tantos jornaleros han trabajado durante tanto tiempo en algo por tantos céntimos. Todos pueden calcularlo y se pretende que todos puedan saber fácilmente el valor de las cosas de las que se rodean; si no, no tendrían finalidad alguna. Por lo tanto, los materiales que necesitan más largo plazo de ejecución habrán de ser más apreciados. Pero no siempre fue así.

Antes se construía con los materiales que eran más fáciles de conseguir. En algunos sitios, con ladrillos; en otros, con piedra; y en otros se recubrían los muros con argamasa. ¿Los que construían de este modo no se menospreciaban al compararse con el arquitecto constructor en piedra?, ¿Y por qué deberían hacerlo?. A nadie se le ocurría algo semejante. Si hubiera habido canteras de piedra en las cercanías, habrían construido con piedra; pero traer piedras desde lejos parecía más una cuestión de dinero que de arte. Y antes, el arte, la calidad del trabajo, se valoraba mucho más que en la actualidad.

Épocas semejantes han producido en el ámbito de la arquitectura soberbias fuerzas de la Naturaleza. Fischer von Erlach no necesitaba granito para hacerse comprender. Creaba obras de barro, cal y arena que nos impresionan tanto como las mejores obras arquitectónicas hechas con los materiales más difíciles de trabajar. Su espíritu, su arte, dominaba el materia! menos noble.

Estaba en situación de otorgar al polvo plebeyo la nobleza del arte. Era rey en el imperio de los materiales. Pero actualmente no domina el artista, sino el jornalero. No domina la idea creadora, sino el jornal. Y también al jornalero se le va arrebatando lentamente el predominio ya que se ha descubierto algo que produce el trabajo cuantitativo de mejor modo y más barato: La máquina.

Pero todo tiempo de trabajo, tanto si es el de la máquina como si se trata del de un coolic, cuesta dinero. ¿Y si no se tiene dinero?. Entonces se empieza a fingir tiempo de trabajo y a imitar materiales.

El respeto ante la cantidad de trabajo es el enemigo más terrible que tiene la industria, ya que trae como consecuencia la imitación. Esta ha desmoralizado a una gran parte de nuestra industria. Se ha borrado de ella todo orgullo, todo espíritu de artesanía.

“Tipógrafo, ¿Qué sabes?”, “Sé imprimir de tal manera que parece estar litografiado”. “Litógrafo, ¿Tú qué sabes?”, “Sé litografiar como si fuera tipografía”.

“Carpintero, ¿Qué sabes?”, “Sé tallar ornamentos que parecen tan ligeros como si el que los hubiera hecho fuera un estucador”. “Estucador, ¿Qué sabes hacer?”, “Sé imitar a la perfección molduras y ornamentos y similar juntas tan finas que parecen auténticas y todo parece obra de cantero”.

“¡Esto también lo sé hacer yo!”, grita orgulloso el hojalatero, cuando se pintan y pelan mis Ornamentos a nadie se le ocurre pensar que son de hojalata”.

¡Triste soledad!

El espíritu de la autodegradación pasa por nuestra industria. No hay que sorprenderse de que, llegados a este punto, no les vayan bien las cosas. A esta gente no debe de irle bien. ¡Carpintero, enorgullécete de ser carpintero!. El estucador hace ornamentos. Has de pasar ante él sin envidia, sin deseo alguno.

Y tú, estucador, ¿Qué te importa a tí el cantero?. El cantero se sirve de juntas, por desgracia tiene que hacerlas, porque las piedras pequeñas son más baratas. Enorgullécete de que tu trabajo no necesite estos pequeños cortes y juntas que fragmentan columnas, ornamentos y muros. Enorgullécete de tu oficio y alégrate de no ser cantero.

Estoy predicando en el desierto. El público no quiere artesanos orgullosos, ya que cuanto mejor sabe uno imitar tanto más le apoya el público. El respeto ante los materiales caros, la señal más segura del estado de advenedizo en que se encuentra, no permite otra cosa.

Al advenedizo le parece vergonzoso no adornarse con brillantes, no llevar pieles, no poder vivir en un palacio de piedra, desde que averiguó que los brillantes, las pieles y las fachadas de piedra cuestan mucho dinero. Ignora que la falta de brillantes, pieles o fachadas de piedra no influye para

nada en la elegancia. Por ello, como no tiene bastante dinero, echa mano de los sucedáneos, de las imitaciones. Empresa irrisoria porque, a los que pretende engañar, es decir los que tienen medios suficientes para rodearse de verdaderos brillantes, pieles y fachadas de piedra, a éstos no puede darles gato por liebre y éstos esfuerzos les parecen cómicos. Y también son innecesarios para los que se hallan por debajo suyo, sí de verdad es consciente de su superioridad.

En las últimas décadas, la imitación ha dominado todo el campo de la construcción. Las paredes se forran de papel y no de tela, pero hay que procurar que no se vea la diferencia; por ello tiene que parecer seda adamascada o gobelino. Las puertas y ventanas son de madera blanda. Pero como las maderas duras son más caras, han de pintarse como si estuvieran hechas con estas últimas. El hierro ha de imitar al bronce y al cobre, pintándolo del matiz que tienen dichos metales. Pero frente al hormigón, que es un descubrimiento de este siglo, no había posible defensa. Como el hormigón es un material magnífico por si mismo sólo se pensó al valorarlo en una cosa; lo mismo que se piensa a propósito de todo nuevo material: ¿Qué puede imitarse con él?. Se utilizó como sucedáneo de la piedra, y como el hormigón es extraordinariamente barato, como buenos advenedizos, lo utilizaron con gran prodigalidad. Una verdadera epidemia de hormigón se siguió. “¡Ay!, Querido señor arquitecto, ¿Puede ponernos más de arte en la fachada?”, rogaba el vanidoso.

Y el arquitecto ponía en la fachada tantos golden como se le pedía, y, a veces, incluso algunos más.

Actualmente, el hormigón se emplea para imitar estuco. Es característico de nuestras circunstancias que a mí, que me opuse con energía a la violación de la identidad de los materiales, esto es, a la imitación, se me haya reparado por materialista. Obsérvese el sofisma: Así me denominó la parte que otorgaba al material tal valor que no se asustaba frente a la carencia de carácter y adoptaba sucedáneos.

Los ingleses nos han traspasado los papeles pintados con gracia, no podían enviar casas enteras. Pero gracias a dichos papeles ya vemos lo que pretenden los ingleses. Son papeles que no se avergüenzan de estar hechos de ese material. ¿Porqué?

Existen ciertos revestimientos de pared que cuestan más, pero el inglés no es un advenedizo. De su vivienda nunca se dirá que no tuvo bastante dinero como para arreglarla. Sus telas para vestidos son de lana de oveja y no pretenden encubrirlo. Si la elección del arte del vestir se dejara en manos de los vieneses, la lana de oveja se hilaría como si fuera terciopelo y raso. Las telas inglesas para trajes, es decir, las que usamos, no muestran más que él quiere y no puedo vienes, a pesar de que sólo son de lana.

Y así habríamos llegado al capítulo que desempeña el papel más importante en arquitectura, el principio con el que el querido arquitecto debería constituir su ABC., el principio del revestimiento.

La explicación de dicho principio se reserva para el capítulo próximo.